
ROLANDO HINOJOSA-SMITH

El idioma y el lugar de proveniencia como estímulo creativo

Nací y me crié en una familia de lectores; mi padre, de escasa formación escolar, fue lo que solía llamarse autodidacta. Ignoro cómo fue que se enseñó a leer pero a la edad de tres o cuatro años noté que mis padres se leían uno al otro. Como el menor de cinco hijos, y teniendo a los hermanos mayores como ejemplo, yo también empecé a leer a temprana edad.

Además de ello, era enfermizo y esto me forzaba a quedarme en casa. Como vivíamos a poca distancia del ahora desaparecido villorrio de Río Rico, Tamaulipas, mi padre me compraba libros en español; libros de cómics como Paquín y antologías baratas de cuentos; tal era mi desconocimiento de literatura mundial que al leer cuentos de Maupassant, y de Balzac, se me hacían raros los apellidos pero yo los tomaba como mexicanos.

Mis lecturas en inglés provenían de las bibliotecas escolares así como la biblioteca pública que, para un pueblo de seis mil habitantes, estaba bien surtida. Sufría de todo tipo de enfermedad y por consiguiente pasaba los días sentado en un sofá pequeño sin darle guerra a nadie. El aguinaldo, por llamarlo así, fue el asma que me daba unas ansias inimaginables y que llenaban a mi madre de inquietud, como debe esperarse.

No recuerdo si pensaba en dedicarme a ser escritor en esos años, pero tuve la gran suerte de tener hermanos que leían bien, que me enseñaron cómo leer: «Mira, ¿ves cómo presenta el escritor al comenzar el cuento? Fíjate dónde sitúa la acción». Es decir, sin yo saberlo, me enseñaban a leer no como lector, como me di cuenta más tarde, sino que me enseñaban a leer como escritor. Notar esto, aquello, el cómo, el uso del

diálogo, a veces parco para la caracterización, la narración dedicada al local, y asuntos literarios por ese estilo aunque exento del argot de la crítica literaria. No es, pues, un accidente que de los cinco, cuatro nos dedicamos a la enseñanza.

Cada verano, durante mis años de secundaria, mis padres me enviaban a Arteaga, Coahuila, para hospedarme en casa de unos amigos del Valle, los Vela. Arteaga era, en ese tiempo, una población con iglesia que se usaba de una a dos veces por mes cuando el sacerdote de la región se presentaba; la oficina de correos abría sus puertas de dos a tres días por semana. Había un panadero, y un farmacéutico que anunciaba en letras mayúsculas *Ejerce sin título*. También había una alberca pública que, a mis ojos de adolescente, era la alberca más grande que había visto en mi vida. El agua nos venía de fuentes en las montañas y era de lo más frío.

El hijo de los Vela, de mi edad, y yo asistíamos al Ateneo Fuente, que, en esos tiempos, estaba en las afueras de Saltillo. Las montañas que rodeaban esa linda ciudad, llevaban letreros políticos escritos en cal anunciando las elecciones presidenciales de los años 40 y pico. El nombre de Miguel Alemán era el que resaltaba.

En Saltillo, cuando asistíamos a los cines, de los cuales me acuerdo de dos, El Palacio, donde se cobraba más, y el Cine Obrero, el cual las familias, si no lo prohibían, nos dejaban saber que no era propio. Pero, ese dictamen nos servía como la manzana del Edén. Humildón, pero para mi suerte, eran los años del Siglo de Oro del cine mexicano. Y fue durante mis estancias en Saltillo que vi películas norteamericanas con subtítulos.

De vuelta, después de mis dos meses y medio en ese ambiente, el español acrecentaba; también recuerdo que se nos reconvenía por los chicos del Ateneo por nuestro uso del idioma. También fue allí donde, por vez primera, oí la voz *pocho* para designarnos a nosotros los mexicotexanos.

En Texas, cuando hablábamos en español, nos autoidentificábamos como mexicanos; yo también, aunque bien sabía que mi madre era de sangre inglesa; dicho sea de paso, ella se defendía perfectamente en español y era a ella, en gran parte, a la que acudía para el significado de una palabra u otra en español que yo no entendía.

Como nací en 1929, a mí y a mis coetáneos nos tocó conocer gente mayor como los llamábamos. Gente que, como mis padres, habían nacido en 1885, y otra gente más que había nacido en los años 70 del siglo XIX. Gente que contaba cuentos e historias de esos tiempos y de la Revolución, del prejuicio racial por parte de nuestros conciudadanos. Mucho folclor también, y chistes, de talla no siempre de lo más adecuado para un chico, pero a mí me fascinaba oírlos hablar, y, como no me entrometía, se me toleraba. Para mi bien, como luego reconocí pasando los años.

Durante la crisis económica de los 30, en Mercedes, mi pueblo natal, vivían muchas familias mexicanas, exiliadas durante una u otra etapa de la Revolución. Unos se ganaban la vida como profesores en lo que llamábamos «las escuelitas» donde los padres de uno pagaban una inscripción de cincuenta centavos por mes. En ese tiempo también se aceptaba la moneda nacional en Texas cuando el peso estaba a 4,80 por el dólar.

Mi profesor, el señor Cuéllar, además de enseñarnos a hacer palitos para la escritura también nos leía las noticias de *La Prensa*, periódico de San Antonio, fundado por don Ignacio Lozano y que duró desde 1912 hasta 1962 cuando se cerró, y los Lozano se mudaron a establecer *La Opinión* en Los Ángeles. A la vez, el periódico de Brownsville, *The Brownsville Herald*, publicaba la versión en español, *El Heraldo de Brownsville*, un diario que se repartía por todo el Bajo Valle del Río Grande y otras partes de Texas.

De aquí me voy un poco al campo de arqueología: en 1915, la legislatura de Texas pasó una ley que rezaba así, «[...] que ningún idioma, excepto el inglés, se debía hablar en las salas de enseñanza,

durante el recreo, en los pasillos, etcétera». El blanco de la ley no éramos los mexicotexanos los principales sino los alemanes. En Texas aún hay pueblos con nombres alemanes: Fredericksburg, Schulenburg, Ulm, Gruene, y otros más. Esa ley, nociva por excelencia, sonó la diana, por decirlo así, a las escuelas alemanas, a sus periódicos locales, a sus celebraciones típicas, así como la prohibición del uso del idioma.

En veinte años, cuando los mexicotexanos empezaron a inscribirse en grandes números, la ley seguía en pie y se trató de hacer lo mismo. Fracasaron, como sabemos, pero también hubo mucho sufrimiento durante ese tiempo, no en el Valle, específicamente, pero sí en el norte, en el oeste, y en la parte central del estado de Texas. Como escribió Luis Leal, originario de Linares, Nuevo León, profesor y por más de cuarenta años gran amigo, «[e]l precio que el mexicanoamericano ha pagado por la manutención del idioma ha sido exorbitante». La traducción es mía; Luis lo escribió en inglés.

A los quince años escribí mi primer cuento; las ideas fueron producto de lecturas, de escuchar a mis padres y a sus amigos, y del lugar, lo que los alemanes llaman el *Heimat* que además de la casa incluye la cultura, su historia, y el tiempo, tanto el pasado como en el que se vive. Y fue allí, en Arteaga, Coahuila, a los quince años de edad donde me surgió un cuento debido a la acequia que corría a unos cuantos pasos de casa.

Cuento corto, se trata de la leva en los tiempos de la Revolución. Dos campesinos con talache y azadón en el hombro van rumbo a casa después de su trabajo en los campos en esa parte de Coahuila donde se dan a montón manzanas, peras, duraznos, uvas, etcétera. Van charlando, aparece la leva, y trata de llevárselos. Si se van, me dije, las familias bien pueden morir de hambre. Hice que trataran de evadirse pero a uno, un jinete, espada en mano, le cortó un brazo a cercén. El otro corrió paralelamente a la acequia, dos de los caballos llegan a tumbarlo, cae en la acequia y su sangre se desparrama. Se me ocurrió acabar el cuento diciendo que la sangre se esparció por todo México. Años más tarde me di cuenta de que lo que había hecho era usar la sangre como símbolo, aunque a los quince no conocía la voz sinédoque e ignoraba el argot crítico-literario.

Ese mismo año era mi tercero en secundaria y eso nos permitía participar en un curso literario. En ese año, pues, y en el siguiente, se me aceptaron cinco piezas, dos ensayos y tres cuentos que para mi bien o para mi mal aún se hallan en los estantes de la biblioteca de la secundaria. El papel debe de estar en una condición bastante frágil ya que de eso hace más de sesenta años.

Después de mi último verano en Arteaga, me presenté como voluntario al ejército a los diecisiete años, con el permiso de mis padres como se requería. Trabajé como redactor del periódico del campamento, pasé un año en Puerto Rico en lo mismo, igual que como locutor de la cadena militar, lo que, en inglés, se llama The Armed Forces Radio Service. Después de mi licencia del ejército, a la universidad. Aunque no había escrito nada, sustituí el escribir por años de lectura de todo tipo: política, ficción, poesía, historia, pero sin ningún sistema: es decir, leía lo que me interesaba y eso me permitió ensanchar mi conocimiento, en cierto modo, y sirvió para lo que vendría después: la serie de novelas cuyo primer tomo se publicó en 1973 y, el más reciente, ahora en 2008. Además de la serie, como cualquier escritor, también escribo y publico ensayos y cuentos cortos.

¿Y de dónde salió tanta producción? A base de experimentar de la vida todo lo que fuera posible. Aprender de diario de cómo escribir, hacer memoria, aunque no siempre exacta, de lo que he vivido, presenciado, de lo que se me ha contado, y siempre con las miras en esa mi región y su gente, su historia, su antropología, los goces y decepciones, sus éxitos y fracasos, injusticias, siguiendo una veta de ironía y evitando el cinismo, aceptando, sin idea de rechazar, el pasado que me era imposible cambiar.

Eso, propiamente visto, si no calmaba mi sed de imaginación, a lo menos me permitía y sigue permitiéndome usar las ideas que son el producto de la imaginación.

El dominio de ambos idiomas, mis estudios en portugués, italiano y alemán, me abrieron otras puertas para saber, aprender y, lo más natural, gozar sabiendo algo de otros mundos, de otra gente que, al fin y al cabo, uno llega a la conclusión de que no son tan diferentes a uno.

En el mundo académico he sido, como soy, profesor, jefe de varios departamentos, decano, vicepresidente de asuntos académicos, en fin, llegando a conocer lo que es una universidad, chica, mediana, y grande. Todo eso, como todo en el mundo que uno llega a conocer, forma parte de mi vida como escritor y me ha permitido abrir puertas y brechas que presentan oportunidades para conocer todo tipo de gente que, se sabe, es de lo que se trata el escribir: la gente y sus tiempos.

Calmar, pues, esa sed de descubrir esos mundos ya que nosotros de habla hispana decimos que cada cabeza es un mundo. La cabeza de los escritores, sin embargo, se compone de muchos mundos, de saber algo de las diferentes capas sociales, de los ambientes de aquí y allá para poder decirse a sí mismo: «Creo que voy bien, creo que he presentado la vida como es». ¿Y luego? A esperar otra sorpresa que nos permita calmar la sed de la imaginación y ponerse a trabajar de nuevo, en mi caso, como si fuera mi primera novela.

Preguntas comunes que se me hacen, como invitado a universidades, a leer de lo mío: ¿En qué idioma sueña usted? ¿Cómo decide usted cuál idioma va a emplear cuando empieza a escribir? ¿Le es más fácil o más difícil escribir en español o en inglés? Cuando traduce, ¿lo hace del español al inglés o viceversa? Y así, por el estilo.

Creo que sueño en ambos idiomas ya que los hablo de diario, aunque no sé cuál de los dos predomina. En el caso de decidir cuál voy a emplear, esto casi siempre se debe a algo que oí decir a alguien en la calle, o alguna frase que oigo en un idioma u otro que me da una idea, más o menos vaga, que me sirva para empezar a escribir.

Como, con dos excepciones, sitúo lo mío en la región suroeste de los Estados Unidos que linda con el estado de Tamaulipas, a veces escribo en un idioma o en otro. No creo que tenga control de cuál voy a usar ya que eso depende de si lo primero que se me ocurre es un idioma u otro. Lo primero que escribí y que se publicó fue la novela *Estampas del Valle y otras obras* que, diez años más tarde, la escribí en inglés y se publicó como *The Valley*. También dejé que pasaran diez años después de la publicación de *Klail City y sus alrededores* en español para verterla al inglés como *Klail City*. Las dos excepciones: *Korean Love Songs (Cantares de amor de Corea)* y *The Useless Servants (Los siervos inútiles)*. Estas tienen lugar en Corea y sabido es que el idioma del ejército norteamericano es el inglés. Entre paréntesis, diré que se me ha pedido que traduzca *Korean Love Songs* al español, pero he fracasado ya que viví esa etapa de mi vida en inglés. Por consiguiente como me crié hablando y oyendo ambos idiomas en el Bajo Valle del Río Grande, cerca de donde el río desemboca en el golfo mexicano, los dos idiomas se usan, y se mezclan, diariamente, verter las novelas de un idioma a otro es menos difícil.

Ahora bien, las primeras dos novelas las escribí en español debido a que la literatura chicana tuvo un renacimiento en 1967 con las publicaciones de la casa Quinto Sol en la universidad de California en Berkeley. Esta editorial, compuesta de dos profesores titulares, estudiantes graduados y pregraduados sin ayuda de los gobiernos estatales o nacionales, estableció la casa donde se aceptaban manuscritos en español y en inglés. Para 1970, se otorgó el Premio Novela a Tomás Rivera, originario de Crystal City, Texas, por su novela *...y no se lo tragó la tierra*. El año entrante el premio se le otorgó a Rodolfo A. Anaya por su novela, *Bless Me, Ultima. Estampas...*, pues, ganó el tercer año. El premio y el

ejemplo de Tomás, de que podíamos escribir en español en este país que es monolingüe por excelencia, me dio el ímpetu para escribir *Klail City* en español. El problema, ¿a dónde enviarlo? Rumbo a un congreso literario en la universidad de Oklahoma, alguien me pasó el anuncio del Premio de novela Casa de las Américas. Para mi bien, dieron dos direcciones, una en La Habana y la segunda a una caja postal en Suiza. Envié el manuscrito a Suiza, ya que no tenía garantía alguna de que llegaría a La Habana.

Cosa que no he publicado aunque sí se lo he contado a varios amigos, es que había ganado el Premio de novela 1976, aunque no lo supe hasta cuarenta días más tarde. Fui a Correos, leí la carta de Haydee Santamaría felicitándome por el premio. Esa tarde (y esto para mí) se pasa de coincidencia, recibo llamada de Western Union: tenemos un telegrama para usted procedente de La Habana; para acabarla, el empleado me preguntó si quería que me lo enviaran a casa.

La tercera novela, esta en verso narrativo, fue *Korean Love Songs*. Escribí otra en español, *Mi querido Rafa*, que traduje tres años después como *Dear Rafe*. A esta le siguió *Rites of Witnesses*. Un crítico literario escribió que yo había abandonado el español. Cuando aparece *Claros varones de Belken* el crítico se hizo el desentendido; lo mismo pasó cuando publiqué *Los amigos de Becky*. Lo que a mí me preocupa es que si tengo algo que decir en la siguiente novela, ensayo, cuento; sea lo que salga. Lo del idioma, como dije, viene de repente. Y no, no es magia ni encanto, pasa que llevo ambos idiomas en mí y si algo me sale en inglés, bien, si en español, lo mismo.

Reconozco que escribí *Estampas...* y *Klail City* porque quería crear un lugar parecido al mío, donde reinaba el español. Así que los años pasaban, la vida de uno también, el inglés acrecentaba y se oía en casa ya que mi madre nos daba perfecta independencia tocante al idioma que quisiéramos usar.

Mis padres no eran de los que, como cuentan amigos, en sus familias los padres insistían en un idioma u otro cuando iban a hablar; eso indica que el inglés también se hablaba en esas casas. La nuestra era más bien un Babel reducido; uno mezclaba retruécanos y otros juegos de palabras bilingües. En fin, no solamente cosa de chicos, ya que mis padres también los mezclaban cuando les daba la gana o cuando la voz en español no les salía y usaban una en inglés, como si tal cosa.

Como cualquier escritor, repito lo dicho: escribo cuando tengo algo que decir, el idioma ya saldrá, pero sin chapuza. Es decir, no mezclarlos por afanar o porque puedo hacerlo con facilidad, sino mezclarlos cuando quepa el lugar. Para esto, en diálogos, los digo en voz alta para ver si acuerdan o no. Por eso, Esteban Echavarría, mientras tiene la palabra en la cantina *Aquí me quedo*, pregunta si el rinche Choche Markham tiene las entrañas o si entra solo a una cantina, dice, «Hell, no». Cuando leo esto, *Hell no* sale en español, *Jel no*. ¿Por qué? Porque Esteban sigue hablando español aun cuando dice algo en inglés... y el público se da cuenta de lo natural del habla de ese viejito con sus ochenta y tres años que se crió más o menos bilingüe entre mexico- y anglotexanos.

Lo que también se preguntan es que si lo mío lo van a entender los alemanes o los franceses. Que si lo que yo y los mexicoamericanos escribimos es universal. Seguramente, esas son preguntas de los profesores. En vez de responder les digo que yo, hijo de familia de la clase obrera, leía y entendía a Galdós, a Balzac, a Proust y a los rusos, y que sin conocer la cultura de esa gente, los personajes actuaban como seres humanos con sus problemas cotidianos, en fin, gente perfectamente entendible y reconocible por su comportamiento. Así somos y así nos realizamos, con nuestro comportamiento al enfrentarnos a los problemas cotidianos en el trabajo, en nuestras relaciones personales, amores y desamores, decepciones, y presentando el punto de vista hacia la realidad y reconociéndola donde, como, y cuando nos topamos con ella a diario. No es mucho, quizá, pero, a la vez, es todo.

Que yo me haya criado en el Bajo Valle del Río Grande y que haya querido presentar las vidas de los presentes y las de sus antepasados sin exagerar y con la verdad por delante, esa verdad que conozco por haber experimentado mucho del mundo, más que suerte ha sido y sigue siendo un privilegio.

Sí, el lugar de proveniencia es importante tanto como lo son los dos idiomas que aprendí en casa; además de ello, la vida cotidiana en distintos lugares, conociendo múltiples capas sociales, experimentando de todo un poco, en fin, todo aquello que sirva como inspiración creativa para cualquier escritor.

Como decía Pepe Díaz, amigo de mi padre, poeta menor, corresponsal de *La Prensa*. «¿Ser escritor? Role, peores oficios los hay».

Cierro con él porque, de niño, le pedí permiso para usar su seudónimo, P. Galindo.*

* Pega poco, pero pega lindo.



La educación (Spencer R. Herrera)

El dique: carta a nadie

*Hoy vi llorar a una mujer cerca del agua.
Se parecía a mi madre: pantalón
elástico rojo, blusa azul casual,
el pelo en un chongo de edad madura.
Se enjugó la cara, su único acto
con las viejas lágrimas, lenta como los restos de pipí.
Estuvo ahí mucho, mucho tiempo,
sentada en el dique, balanceando las piernas
como una niña sobre una alcantarilla del drenaje.
Palmeó sus mejillas húmedas.
Me pregunto qué miraba:
¿Garzas azules colapsándose y desdoblándose
en los tules; labios a la mitad chapoteando
en un río de espuma; el papel de una cola de garza?
¿Advierte la belleza? ¿Advierte
la ausencia de golondrinas, el cuchillo
de sus gargantas llamando al
crepúsculo?
¿Advierte la negación temporal
del pez, el revoloteo de las cadenas de plata
que lanza una golondrina de mar, la caída
de su clavado? Es gracioso: usamos el sonido
slice¹ para imitar el movimiento
del hambre a través del viento o de las olas.
Una rebanada de nada como la nada
está acaso apartada en el reino de este
elemento. Solo la simetría alberga pérdida,*

1 *Slice*, vocablo que se conserva en inglés por tener en el texto original un valor onomatopéyico. Significa rebanar.

*solo la fusión de la diferencia
se podría torcer, divorciar
o distanciar de su origen.
Después caminé de regreso por ambos lados
del dique. El río es un buen lugar
para el cieno y la sal, para este depósito de agua,
de banco, de pipí
y para jalar la cadena a la belleza.*

Santa Cruz

*Y qué de nuestros nombres salpicados,
descoyuntados. Y qué de las estaciones
en blanco, ampolladas y disparadas
desde los cañones de nuestros lentos deseos.*

*¿Y qué de la pestilencia del verano,
de nuestras moscas preocupadas sobre la arena sudada?
¿Qué de la bahía donde pescamos
nuestras focas de amor en la muda extinción?*

*¿Qué será del beso
que te doy, la saliva en mi labio,
los labios de mi vulva empujando
aletas y destellos? Doce montones*

*de cieno y sal, este año
me remacho en la marea tan gris
como el invierno y detengo
mi pesca. ¿Qué de las tumbas*

*donde la espuma primero cavó
los abandonos de nuestro nido?
¿Ves los pelícanos degollados,
las ballenas enmudecidas varadas en un cabo espumoso?*

*¿Qué de esta poeta
leyendo el final de la estación?
Mi envilecido corazón, cansado
en la cuerda floja, pierde.*

Aborto

*¿Quién es ese que sigue
tocando en el cuerpo?
Ella no usa el teléfono
de los sueños. Él no conduce
por la autopista –escrito de travesía–
hacia el centro. La correspondencia
no tiene domicilio,
patalea en el polvo
como un pez que insiste
en nadar en la nada.
¿Quién es ese pesado estorbo
que sigue montando la cama
de mi deseo mano-abierta?
¿Acaso ella no sabe que no hay nadie
en casa? ¿No sabe él
que esta salida no es la última?*

Acerca del amor y el deseo

Puedes querer no hacer nada y de pronto decidir hacer esto: preparar sopa de lentejas, es lo que quiero decir. Entre el deseo de hacer algo y el deseo de no hacer nada hay una línea muy fina, inmutable: el suicidio.

MARGUERITE DURAS, «Sopa de lentejas»

*T*e alimento
cuando sientes hambre.
Siento hambre
cuando te alimentas
y rechazas
la comida que te doy.

*El hambre es el primer sentido.
La imaginación es el último.
Tú eres mi sexto sentido,
amante imaginario,
alimento perdido.*

*La comida es la primera opción,
primera falla, fatal
en su acceso,
sin miedo en la lengua
de la cruel negación.*

*Primera palabra.
Primera mirada.*

*El alimento es amor
en la confianza. 🍷*

Traducción del inglés por Rosario Sanmiguel

«Prólogo: pastoral de clase media», de *Hambre de memoria*

He tomado el consejo de Caliban. Les he robado sus libros. Tendré algún control sobre esta isla.

Hace mucho, mucho tiempo, fui un niño con «desventaja social». Un niño extraordinariamente feliz. La mía, fue una niñez de intimidad familiar intensa. Y alienación pública extrema.

Treinta años después escribo este libro como un hombre americano de clase media. Asimilado.

Piel morena. Para ver en una cena de gala en Belgravia. O en Nueva York. Exótico en un esmoquin. Mi rostro está dibujado con severos rasgos indígenas que serían de interés en la página de un *National Geographic*, pero en una fiesta de cóctel en Bel Air alguien se pregunta: «¿Has pensado en modelar alta costura? Toma esta tarjeta.» (Hará este monstruo a un hombre en Beverly Hills.)

Una mujer de vestido verde pregunta:

—¿Nos conocimos en la fiesta de los Thompson en Malibú el mes pasado?

»Y, ¿Qué hace usted, señor Rodriguez?

—Escribo: soy escritor.

Un escritor de medio tiempo. Cuando empecé este libro, hace cinco años, una beca me pagó un año de continuo silencio en mi apartamento en San Francisco. Pero las palabras no llegaban. Se acabó el dinero. Entonces fui forzado a tomar trabajos temporales. (Tengo amigos, que, con una llamada telefónica, me pueden encontrar trabajos que pagan bien.) En meses recientes, me he visto en Nueva York. En Los Ángeles. Trabajando. Con dinero. Entre gente con dinero. Y con ocio —como invitado en Connecticut durante el fin de semana; a una fiesta de cóctel en Bel Air—.

Tal vez porque siempre he sido, accidentalmente, un compañero de clase de jóvenes de padres ricos, hace mucho tiempo asumí mi asociación con el mundo de ellos; llegué a asumir que podría tener dinero, si dinero quisiera. Pero el dinero, mucho dinero, nunca ha sido una meta

en mi vida. Mi historia no es una versión de Sammy Glick. Trabajo para apoyar mi hábito de escribir. El gran lujo de mi vida es la libertad de sentarme en este escritorio.

—¿Señor...?

Rodriguez. El apellido en la puerta. El apellido en mi pasaporte. El apellido que me dieron mis padres —quienes ya no son mis padres, en un sentido cultural—. Así lo pronuncio: *Rich-heard Road-ree-guess*. Así es como lo escucho más.

La voz a través de un micrófono dice:

—Damas y caballeros, es un placer presentarles al señor Richard Rodriguez.

En estos días me invitan con frecuencia a hablar sobre la educación moderna en auditorios universitarios y en salones del Holiday Inn. Voy, siento la necesidad de hacer de maestro, aunque no tengo el grado académico. Algunas veces mi audiencia es un congreso de administradores universitarios; otras veces son maestros de inglés de escuelas superiores; y otras, un grupo de egresadas.

—El señor Rodriguez ha escrito extensamente sobre la educación contemporánea.

Varios ensayos. He hablado particularmente en contra de dos programas gubernamentales: la Discriminación Positiva¹ y la educación bilingüe.

—Es un orador provocativo.

He llegado a ser notorio entre algunos líderes de la izquierda étnica de América. Me consideran un ingenuo, un tonto, un idiota—Tom Brown, el tío Tom hispano, interpretando la escritura en la pared para un grupo de faraones fumadores de puros.

Una delicada señora blanca en el almuerzo del club de mujeres se acerca al podio después de mi discurso para decir, que después de todo, era una pena que yo no pudiera «usar» mi español en la escuela. Qué pena. ¡Cómo se atreve a extender los dedos de su piedad hacia mi vida!

En la América Blanca, hay quienes me designarían para actuarles algún drama de reconciliación ancestral. Tal vez porque estoy marcado por un color indeleble que ellos fácilmente suponen que no estoy cambiado por movilidad social, que puedo reclamar lazos intactos con mi pasado. ¡La posibilidad! En un tiempo en el cual muchos jóvenes de la clase media viven separados de sus padres, aparte, y ya no se hablan, son atractivas las soluciones románticas.

Pero rechazo el papel. (Caliban no llevará un equipo televisivo a su isla para recuperar sus raíces.)

Las ruinas aztecas no tienen un interés especial para mí. No busco en los cementerios mexicanos lazos con antepasados sin nombre. Asumo que mantengo ciertos rasgos de gesto y humor que provienen de vidas enterradas. También hablo español hoy. Y leo a García Lorca y a García Márquez cuando me da la gana. ¿Pero qué consolación puede traer este hecho frente a la certeza de que mi madre y mi padre nunca han oído hablar de García Lorca o de García Márquez? Lo que me preocupa es inmediato: la triste separación que sufro con mis padres. Esto es lo que me importa: la historia del muchacho becario que vuelve a casa un verano desde la universidad para descubrir, frente a sus padres, un silencio desconcertante. Esta es mi historia. Una historia americana.

Considérame, si quieres, una víctima cómica de dos culturas. Esta es mi situación: escribiendo estas páginas en este cuarto estoy rodeado por volúmenes de Montaigne y Shakespeare y Lawrence. Son míos ahora.

¹ La Discriminación Positiva (Affirmative Action, en inglés), también conocida como la Acción Afirmativa, es un programa gubernamental estadounidense que ayuda a los estudiantes de minorías a entrar a las universidades y recibir becas.

Pasa una mujer mexicana de vestido negro. Usa un delantal negro; trae una bandeja de *hors d'oeuvres*. Se debería de estar preguntando si hay algunos que quiero mientras tiende la bandeja como una rueda de la buena fortuna. Sacudo la cabeza. No. ¿Se pregunta que hago aquí? En Bel Air.

Es la educación que me ha cambiado la vida. Me llevó lejos.

Escribo esta autobiografía como la historia de mi preparación. Para admitir el cambio en mi vida tengo que hablar de años como estudiante, de pérdidas, de beneficios.

Considero mi libro una suerte de pastoral. Escribo en la tradición de ese encumbrado y distinguido género. Pero no soy un cantor pastoral de la clase alta. Un pastoral de clase alta puede admitir la envidia para los placeres íntimos de la vida rústica como una manera arrogante de recordar a sus oyentes su diferencia –su propio poder público y posición cívica–. («Seamos pastores [...]. Ah, si tan solo pudiéramos»). A diferencia de la clase alta, la clase media vive en un mundo público, en donde les falta gran poder individual y posición social. La pastorela de clase media es, entonces, un himno más difícil. No hay gran compensación por la admisión de la envidia de los pobres. La clase media está tentada por el impulso pastoral de negar su diferencia con la clase baja –hasta intentar imitaciones baratas de la vida de la clase baja–. («¡Pero todavía soy pastor!».)

Tengo que resistir la tentación de esta solución decadente a la vida pública de las masas. Me parece peligroso, porque al tratar de imitar la clase baja, la clase media desdibuja la tan crucial distinción de la reforma social. Ya no se puede decir fácilmente lo que distingue exactamente al pobre extraño.

No escribo un Wordsworth moderno buscando imitar el habla íntima de los pobres. Canto la canción de Ariel para celebrar el habla íntima que mi familia alguna vez intercambió libremente. Para cantar la alabanza de mi pasado de clase baja, me recuerdo a mí mismo la separación de ese pasado, traigo memoria al silencio. Reflexiono para considerar al muchacho que fui para, finalmente, describir el hombre que soy ahora. Recuerdo lo que fue gravemente perdido para definir lo que fue necesariamente adquirido.

Pero el editor de Nueva York está en el teléfono y no lo puede entender:

–¿Por qué pasas tanto tiempo en asuntos abstractos? Nadie va a recordar la discriminación positiva en veinticinco años. La fuerza de este texto está en la narrativa. Deberías escribir tu libro en cuentos, no como una serie de ensayos. Tengamos más de abuelita.

Pero no. Aquí está mi vida más real. Mi libro es necesariamente político, en el sentido convencional, para asuntos públicos –editoriales y papeletas de voto, peticiones y pancartas, formulaciones sin rostro de bueno mayor y menor por mentes mayores y menores– han dividido en dos partes mi vida, y esta cambió su curso. Y, en algún amplio sentido, mi escritura es política porque trata de mi movimiento alejándome de la compañía de mi familia y de la ciudad. Esta fue mi mayoría de edad: llegué a ser hombre por llegar a ser un hombre público.

Esta autobiografía es, además, un libro acerca del lenguaje. Escribo sobre la poesía; la nueva liturgia católica romana; el aprender a leer; la escritura; terminología política. El lenguaje ha sido el gran tema de mi vida. En la universidad y en el posgrado, estuve matriculado con una «especialidad en inglés». Pero mucho antes de eso, desde mi primer día de escuela, era estudiante del lenguaje. Obsesionado por la manera con la cual este determinaba mi identidad pública. La manera que me permite describirme aquí, escribiendo...

Escribiendo este manuscrito, ensayos que imitan una autobiografía; seis capítulos de triste repetición, como fuga.

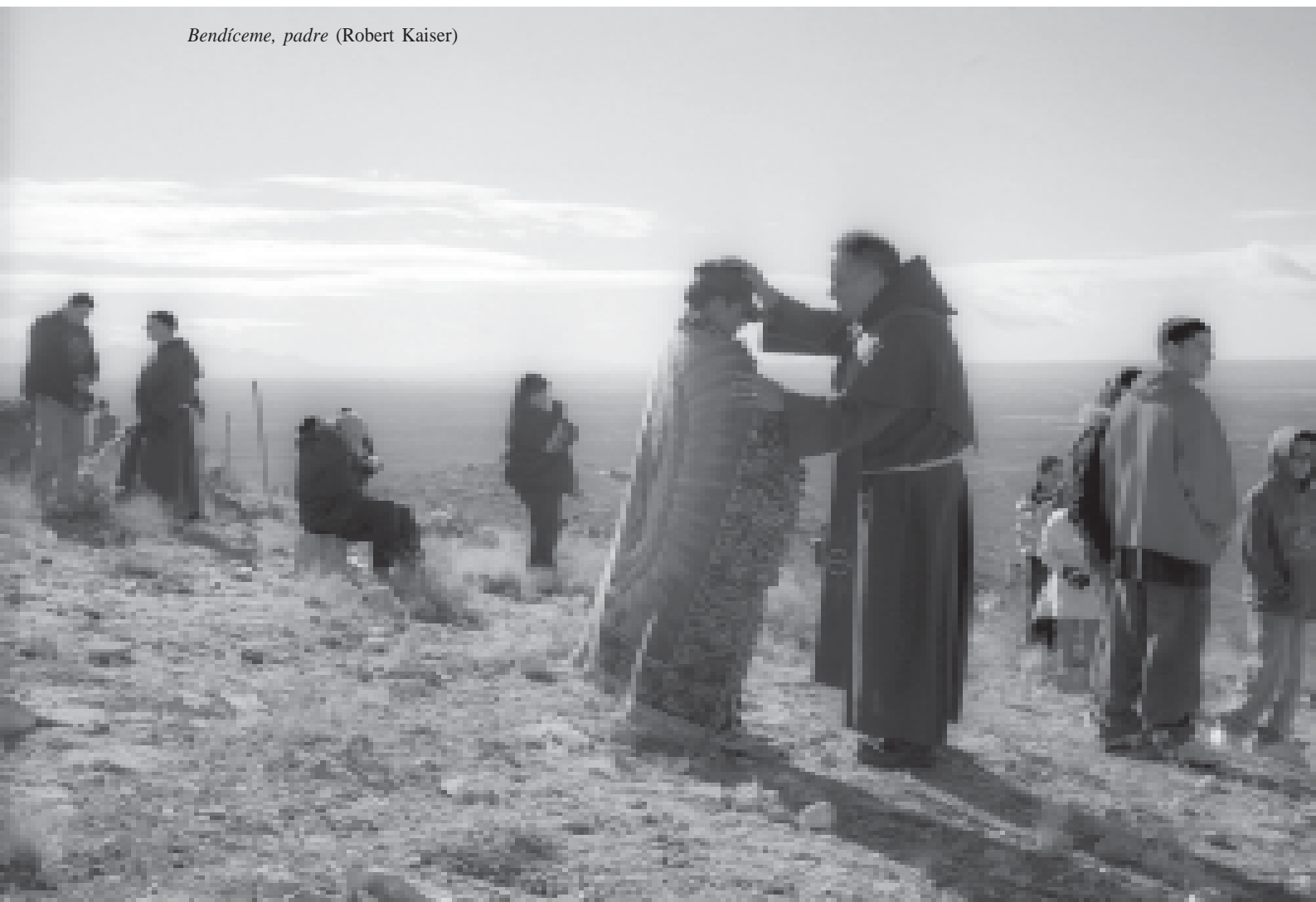
Ahora existe –un peso en la mano–. Deja que se quede perplejo el dependiente de la librería a la hora de ver dónde deba colocarlo. (¿Rodríguez? ¿Rodríguez?) A lo mejor lo colocará al lado de ejemplares de

ese nuevo género exótico, «literatura étnica». Equivocado, el lector crédulo –de simpatía o de ira– pensará que intenté modelar mi vida como la típica vida de un hispano en los Estados Unidos.

Pero escribo de solo una vida. La mía. Si mi historia es verdadera, confío que resonará con importancia para otras vidas. Finalmente, mi historia merece atención pública como nada más que esto: una parábola para la vida del lector. Aquí está la vida de un hombre de clase media. **C**

Traducción del inglés por *Spencer R. Herrera*

Bendíceme, padre (Robert Kaiser)



Yo pido el imposible

*Yo pido el imposible: ámame por siempre.
Ámame cuando el deseo se haya ido.
Ámame con la resolución de un monje.
Cuando el mundo entero,
y todo lo que tienes por sagrado, te aconseje
lo contrario: ámame aún más.
Cuando la ira te llene y ya no tenga nombre: ámame.
Cuando cada paso de la puerta al trabajo te agote—
ámame; y hazlo de nuevo del trabajo a casa.*

*Ámame cuando te aburras,
cuando cada mujer que observes sea más hermosa que la anterior,
o más patética, ámame como lo has hecho:
no como admirador o como juez, sino con
esa compasión que en soledad
reservas para ti.*

*Ámame como disfrutas de tu desamparo,
del anticipo de tu muerte,
de los misterios de la carne, que se desgarran y se remiendan.
Ámame como a tu más atesorada memoria de la infancia
—y si no tienes—
imagina una, y ponme allí contigo.
Ámame marchita como me amaste fresca.*

*Ámame como si yo fuera por siempre,
y haré del imposible
un simple acto,
por amarte, como yo te amo.*

Cabrona con corazón

*D*esciendo de una larga línea de cabronas,
una migración entera
moviéndose hacia el norte desde el inicio del tiempo.
Ahora estamos por doquier
–aunque el mundo público preferiría
no vernos–
Con nuestra mirada inquietante,
pelo grisáceo y oscuro.

*Nadie percibe mis cuernos enseguida,
se deja desangrar,
pisoteado sin reflexión y sin misericordia
pero encuentra un fin rápido y limpio.*

*Las cabronas son extrovertidas,
a veces defensivas,
melindrosas,
siempre un poco hambrientas
y el rasgo más difícil: testarudas.
Nosotras escalamos obstinadamente,
el resbalar no nos vence,
somos buenas en manada
pero una cabrona
no se amilana al andar sola
en la saliente más delgada.*

*Alguna vez leí en una revista
que nunca estamos satisfechas.
Dicen que nosotras no lloramos,
que exigimos mucho.
Cuidado con esas cabronas, decía.
Ya tienen credenciales de elector,
todo tipo de permisos,*

*una cabrona con el pecho desnudo en la portada.
Y aún así no podías ver su corazón.*

*Nosotras tenemos corazones,
del tamaño de sandías,
que no caben en la cavidad del pecho.
Hay quien encuentra sus arterias expuestas,
su latido, irritante.*

*Hay cabronas con corazón
y hay cabronas.
No me confundan con la especie
sin corazón.
Pero no se equivoquen,
sí soy cabrona.*

Chicago, 1997

La muerte es solo lo que es

*La muerte no es un hombre,
y ciertamente no es una mujer:
una catrina en su carreta
como creyeron algunos nuevomexicanos.*

*La muerte no juzga.
No es nada sino definitiva,
ordenada como guante de algodón,
en el bolsillo de un saco.*

*De solo vislumbrarla
se sabe que está allí,
completa.*

*Incluso cuando escribo estas líneas,
sé que un día, también,
estaré muerta.
Tú, que las lees, también,
tendrás tu turno.*

*Es mejor no hacer
tanta alharaca.
La muerte es solo lo que es,
nada más y, por supuesto,
nada menos.*

Todo lo que tengo para ella es un poema

*M*aría Magdalena me manda cintas, jabones perfumados,
chocolates los miércoles y rosas de tallo largo
sin ocasión alguna, oro mexicano y filigrana italiana,
un anillo de diamantes de su mano.
Como si yo fuera una mujer ociosa, me manda
pinturas y cepillos para que pueda estar sin hacer nada
mis domingos. María Magdalena no tiene más placer
que el que me da.
Sus regalos llegan envueltos en papel floreado,
con notas manuscritas, cartas de olor lavanda.
El jefe de correos se pregunta quiénes son todos los admiradores.
Es solo Magdalena, le digo,
un ángel desterrado del cielo,
caído a la tierra
como mujer. ©

Albuquerque, Nuevo México, 1991

Traducción del inglés por Manuel Iris

Cara de un ángel

«Un cuento largo»

Luardo mi padre. Dolores mi madre. Hector mi hermano. Mara mi prima. Padres. Madres. Hermanos. Hermanas. Primos. El concepto de nombrar se pone en medio. Ahora que soy mayor me permito ver a mi familia como personas. Personas como yo misma con hambre y esperanza. Personas con defectos.

Luardo fue alguna vez papá, y mientras yo crecía Dolores llegó a ser Dolly.

Yo siempre fui Soveida. La Soveida que se sentaba en otros cuartos. ¿Qué clase de nombre es ese?

Es el nombre de una mujer muerta. La otra Soveida era una mujer embarazada con dos niños chiquitos. Solamente tenía veintisiete años cuando se murió instantáneamente en un accidente automovilístico. Dolores leyó sobre ello en el obituario. Le gustó el nombre. Se le quedó. Yo, Soveida Dosamantes, soy su tocaya. Sin marido. Sin hijos. Hija de. Hermana de. Esposa de. Madre de nadie sino de ella misma. Una niña indefensa que nunca hubiera escogido ese nombre.

Estoy casi sin padres. Mi madre, Dolly, es para mí más como una hermana que una madre. Mi padre, Luardo, nunca fue un padre verdadero, era más como un tío desagradable. Mi familia verdadera son mi abuela, Mamá Lupita, y mi prima, Mara.

Yo nunca conocí la cara de la verdadera Soveida, pero sí me la he imaginado muchas veces en mis sueños. Veo a su orgullosa y fértil desnudez, una visión de la vida bailando en un cuarto cercano, su cabello largo y oscuro fluyendo. En mis sueños es siempre joven, no como sería ahora: de setenta y dos años, canosa, con panza hinchada, una niñera chupando el pasado como una menta.

No los quiero llamar por esos nombres. Madre. Padre. Hermano. Hermana. Primo.

Cuanto más vivo, más veo que es la misma vida, el mismo cuento, los mismos personajes. Todos con la misma cara.

Cuanto más pienso en ello, más tuvo que pasar.
Mi abuela Lupita dice:

Soveida, te gusta leer. Lo que estás leyendo es el cuento del mundo. Todos tienen un cuento, tu mamá tiene un cuento, tu papá tiene un cuento, aun *tú* tienes un cuento para contar. Cuéntalo mientras puedas, mientras tengas la fuerza, porque cuando llegas a tener mi edad, el contar se hace más difícil. Los recuerdos son la ropa en tu clóset que nunca te pones y tienes miedo de tirarla porque lastimarás a alguien. Pero te das cuenta un día muy largo, m'jita, de que no queda nadie a quien lastimar sino a ti misma. De repente te haces vieja. Amas tu vida. Cantas. Bailas. Ríes. Amas. Lloras. Tuvo que pasar. ¿No ves? Te acuestas. Y después te despiertas de repente con una boca llena de cenizas, solamente cenizas. Un recuerdo de dulzura enterrada en la tierra. M'jita, todos tienen que morir.

Yo hablo por ellos ahora. Madre. Padre. Hermano. Hermana. Prima. Tío. Tía. Marido. Amante.
Sus memorias son mías. Ese dulce contar mío. Mía la ceniza.
Es un cuento largo.

«El libro de caras»

Un día Mamá me encontró con una mirada asombrosa, las arrugas entre mis ojos ya muy pronunciadas. Yo me había arraigado en esta expresión de incesante determinación sin saberlo, con las arrugas de la preocupación, duda y entregamiento.

–Si no paras de fruncir el ceño, Soveida Dosamantes, se te quedará en la cara un ceño fruncido permanente –escuché decir a mi Mamá.

–¿Me habla a mí, Mamá?

–¡Mira a ese hombre allá, te ves como él! No mires al mundo tan fuerte. Lo único que hace es que te da una arruga entre los ojos que las cremas de noche y los aceites no borran. Las arrugas en tu cara vienen de algún lugar, de algo. ¿Ves las mías? ¿Aquí, cerca del lado de mi boca? Esa viene de apretar mis dientes y atrapar palabras que en primer lugar debería de haber dejado ir. Si lo hubiera hecho, no tendría estas zanjas al lado de mi nariz. Sin mencionar las arrugas en mi frente. La preocupación te quita mucho y no te devuelve nada. Estas líneas horizontales como campos arados en mi frente vienen de quedarme despierta hasta muy tarde, esperando que pasara algo terrible. Te preocupas por todo tipo de cosas que no se pueden decir en voz alta, cosas que ni deberías de pensar. Te preocupas por tu esposo, si llegará temprano o tarde. Te preocupas si está borracho o sobrio. Te preocupas si olerá a él mismo o a otra mujer. Es bueno si un hombre huele a él mismo si huele bien. Desgraciadamente, mi padre era el único hombre que he conocido que no olía. Su aliento era fresco, no importaba si había estado trabajando en el campo todo el día. Ninguna persona debería de imponer su olor sobre otra. No hay lugar para la suciedad. Hasta el hermano de Dominga y su familia en las colonias de México en los barrios bajos eran limpios. No puedo decir lo mismo de algunos de nuestros parientes. La gente en las colonias vivía con ratas muertas alrededor de la única espita que suministraba agua a toda la colonia, en varios cuartos con un baño, realmente era más un hueco en la tierra, con un cubo de agua cerca para hacer que bajaran los desperdicios. Yo me quedé con la familia un año cuando fui a una peregrinación a la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. La familia me dio su mejor cama, la única cama,

mientras los seis, los padres y cuatro hijos ya grandes, durmieron en el otro cuarto en el piso. Una de las hijas trabajaba en una oficina, la otra era cajera en Sanborn's en Coyoacán. Uno de los hijos era contador y el otro un estudiante de la UNAM. El padre era un obrero. Todos eran limpios, gente trabajadora que contribuían con sus sueldos a la familia. No puedo imaginar a tus primos haciendo eso. Eso nos muestra que las apariencias decepcionan.

»La vida es una cara grande, con todas las marcas de nuestra historia en ella. Estas arrugas son mi dureza y mis preocupaciones ridículas, mis mentiras y mis palabras tácitas. Son el trabajo que hago y las cosas que dejo sin hacer. Tus arrugas, allí, cuando frunces el entrecejo y miras al mundo, dicen que tú eres una persona que no está contenta con las cosas y siempre tienes que cuestionarlas. No es una vida fácil que has escogido, m'ija, mi Soveida. Pero tú eres la única persona de quien nunca me preocupo. Hay bondad en tu cara. Muestra que eres capaz de amar.

»M'ija, nos han enseñado a esconder lo que verdaderamente sentimos detrás de nuestras caras. Algunos de nosotros con el tiempo no despertamos a ver las máscaras que nuestras caras han llegado a ser. No estoy hablando de usar maquillaje. Yo nunca usé mucho maquillaje. Para mí la gran herramienta que cualquier mujer puede tener es un poquito de polvo para reducir la grasa y darle a tu piel un brillo parejo.

-¿Alguna vez has usado lápiz labial, Mamá?

-¿Lápiz labial? ¡Ay, ni lo mande Dios! Yo no quiero esa manteca coloreada sobre mis labios como Lourdes Torres. Debería de colorear un bote de manteca Morrell con tinta roja. Ella aprendió el arte de maquillaje de un payaso en el parque de Chapultepec en México, o tal vez de una bailarina en Tijuana. Yo no quisiera besar a nadie con gelatina en los labios y permitirle dejar su marca sobre mí como un tatuaje temporal. Soveida, gracias, pero no. Todo lo que necesito es un poquito de polvo Coty. Color «Autumn Rose». No soy una que la use como maicena o talco de bebé. Mi toque es de mano muy ligera, no como doña Trancha, que en sus años de madurez estaba toda empolvada como una momia. Aunque la mona se vista de seda mona se queda, decía Oralia. Doña Trancha era una mona empolvada. Mi cara es mi cara. Con arrugas donde deberían de estar las arrugas, unos cuantos pelos donde no debería de haber pelos, con piel como la que una persona de mi edad debería de tener. Nos deshacemos, Soveida. Estoy exactamente como debería de estar. Vivida.

»Soveida, escúchame. Soy una mujer vieja y sé más cosas de lo que te pudieras imaginar. Algunas mujeres no tienen conexión con su cara. Se lo adornan y se lo tapan con sombras de color, con bases, matices y tintes. Se convierten en una pintura para que vea el mundo. Y aún me hace sentir mejor ver a una mujer honesta y mal pintada, con sus cejas rasuradas o completamente peladas, la línea de los labios más arriba de lo que debería de estar, con las últimas señales de color como los pelitos que le salen a uno cuando no se ha afeitado, que ver a alguien como Lourdes Torres. Lourdes se cubre la cara con pulgadas de masilla, una masa que se levanta al pasar el día. Sus ojos de animal salvaje están siempre llenos de legañas negras, mucosidad que se junta y después se endurece en las esquinas.

»Hoy, M'ija, es raro conocer a una mujer con una cara abierta. Nos han enseñado a moldear nuestros cuerpos según la ropa. Tu pobre mamá tiene brasieres con tirantes que cortan sus hombros. Cuando los hombres la ven, solamente piensan en chiches. Soveida, somos más que nuestros cuerpos o nuestras chiches.

»La pérdida nos cambia. Y el dolor. Y la muerte de los que amamos. Los ojos se enublecen y se cubren con cataratas blanditas. Los labios se tragan y desaparecen. Las cejas y las pestañas desaparecen en el parto. Las manchas de la vejez empiezan a florecer. Los lunares pequeños se convierten en significantes. Los poros se hacen grandes. Los dientes se oscurecen, se convierten en vislumbres de plata y oro en el mar desagradable de bocas que no nos importa conocer.

»Pero somos más que este cambio, más que esta cara, Soveida. Nos *convertimos* en nuestras madres, en nuestras abuelas. Y cuando vemos a personas que llevan puestos a los antepasados, es un alivio, y una bendición saber que los antepasados están cerca.

»Yo podría escribir un libro sobre cara. –Mamá se volteó hacia Dolores–. De hecho, quizá algún día lo haré.

–Quizá algún día, escribiré mi libro también, Dolly. Se tratará de una mesera soltera que se embaraza y está a punto de tener un bebé.

–¡Soveida! ¿Es la verdad? No. ¿De veras?

–De veras, Dolly.

–Ay, mi amor, qué felicidad, *sabía* que algo no estaba bien, que estabas tan cansada, no había adivinado, debí de haberlo sabido.

–*Tenía* esa mirada –Mamá añadió–. La mirada de una vaca herida, entre este mundo y otro, un pie hasta arriba con su esternón, el otro arrastrando como un tocón hacia la tierra. Tú y el padrecito profesor.

–Él está en Alemania, Mamá.

–Ay, no. ¿Cuánto tiempo ha estado afuera?

–Ha sido un tiempo.

–Ay, no.

–No sé cuándo regresará.

–Ay, no. El bebé hubiera sido muy bonito.

–¡Mamá! Tenemos tiempo de discutir todo más tarde –Dolly interrumpió–. ¡Soveida! ¿Cuándo? Ay, déjame abrazarte.

»Tráeme la botella plástica de agua de Lourdes para que pueda bendecirte a ti y al bebé. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo.

–Soy madre soltera, Dolly. Ni hay marido en vista.

–¿Eso importa, querida? Yo también soy. ¿Por qué no me dijiste, Soveida? Ay, mira –se rió entre lágrimas–. Estoy llorando. Necesito un Kleenex.

–Basta de llorar, Dolores, estás haciendo que yo llore también –dijo Mamá.

–Tenía miedo de decirte, Dolly. Quería estar segura de que estaba suficiente fuerte.

–¿Suficiente fuerte para qué?

–Suficiente fuerte para quedarme con esta criatura, suficiente fuerte para amarla y suficiente fuerte para seguir adelante.

–Entonces, a seguir adelante, no hay otro modo, Soveida. Ni modo. ¿Qué piensas? Tener un hijo es trabajo y tú estás acostumbrada al trabajo. No te debería asustar. Y de un modo, tienes suerte de no tener al hombre equivocado por allí. Tu madre y yo no hicimos tan bien, quizá tú lo puedas hacer mejor.

–Intentaré, Mamá, intentaré.

–Intentaremos todas hacerlo bien esta vez. Que Dios nos bendiga, m'ija. 

Traducción del inglés por *Jessica Rodríguez Herrera*

Inglés de la Preparatoria

|
*n*o mucho después de que mi profesora de inglés de la preparatoria
hubo pasado los lápices de color
requerí su atención

¡no puedo ver lo que escribo, Sra. Rhutasel!
dije en voz alta
ella se rió
sabía que escogerías el blanco
dijo

*para ese entonces ella ya había llegado a conocerme
por mis entradas cotidianas en mi diario
un torrente sin fin de poesía y ensayos
mi pasión por la escritura, mi desdén por la autoridad
mi torpeza con el conformismo*

*ella, mi primera audiencia, mi crítica más dura y mi primera
aficionada sinceramente dedicada*

*yo era el muchacho callado, callado, introvertido y flaco
con una cabellera que sobrepasaba los hombros
y una chaqueta Levi's sobre mis espaldas sin importar la estación
por dentro, me veía como Whitman con barba
pero de manera más realista probablemente me parecía más a
/mi tío Eliseo hojeando
a la luz de un quinqué las páginas del almanaque del granjero
con su gorra de plástico verde
en un ángulo de cuarenta y cinco grados en relación a la página*

*era una relación de amor-odio, entre la Sra. Rhutasel y yo
yo piloteando el rumbo lingüísticamente a través de la tormenta
/ sorda entre los dos
comunicándome con signos de puntuación y reglas gramaticales
salpicados como pequeñas hormigas negras de azúcar trazados
/ en la página
y sus anotaciones con signos de exclamación ¡me gustó eso, buen trabajo!
guiándome*

*¡algún día, simplemente voy a escribir un libro
sin comas o puntos o signos de interrogación!
le dije
¡pues, está bien!
respondió
¡pero no los omitas con la excusa de que no sabes adónde van!*

||

*en mi habitación de los dormitorios leí a Rimbaud, a Steinbeck y a
Camus
contemplé desde mi ventana los árboles sin hojas
y el cielo del color de la soledad lejos de casa
escuché música, me aprendí las letras y las melodías
los grandes éxitos de Dylan volumen I
Johnny Cash en vivo en la prisión Folsom
Al Hurricane, Los Purple Haze, Freddie Brown
y una colección de dos discos de vanguardia de Mississippi
Delta Blues*

*mis discos rayados girando
con una moneda de veinticinco centavos
puesta sobre la aguja del estéreo
para evitar que saltase la música
mientras que una semana, una estación, un año,
una tragedia adolescente
se transmutaba en otra*

*y cuando el clima empezaba a ser cálido
caminaba por las vías del tren*

*y tendía mi chaqueta, mi desesperación y mis anhelos
y esperaba los trenes rumbo al oeste a los que nunca me monté
un dolor por la muerte de mi padre que acababa de fallecer
rugía en mi interior como el silbido y el chucuchucuchú
Atkinson y Topeka*

*primavera y de vuelta en casa
un hermano limpiaba las acequias
y el otro buscaba las tijeras de podar, estaba seguro*

*después de caminar por las vías
regresé al campus
con una copia manoseada de Bound for Glory en mi bolsillo de atrás
esperando poder jugar rápido a la pelota antes de cenar
y poder darle una mirada larga a esa muchacha
¿cómo se llamaba?*

*ah, todavía puedo oler el dulce aroma del césped
y escuchar los aspersores regando fuerte
algo sobre ella con una camiseta roja y ajustada
en ese tiempo hace mucho ya ido.*

||

*me gustaban las muchachas con buena caligrafía
y que podían hacer uso de las reglas de la gramática correcta
que sabían dónde poner la coma y el punto
y el punto y coma significaban algo
no sé por qué, pero sentía atracción hacia eso
quizá esto se remonte a la época cuando estaba en cuarto grado
cuando le gané a la niña más linda y más inteligente
en un concurso de ortografía*

*ese año había despegado de las filas del grupo de los estudiantes
/ con Ds
aquellos destinados a ir a prisión/o a una vida vivida
y terminada antes de los treinta
aquellos que hablaban el español de sus abuelos
como lengua materna*

*con acentos densos y suaves y almizclados
como la tierra revuelta girando
en los arados arrastrados por caballos de sus abuelos*

*aquellos que se vieron teniendo que hacer arreglos
en su visión del mundo heredada por causa de Biff y Tiff
y el prospecto de un trabajo de limpiador o una camisa de mecánico
/ almidonada
con sus verdaderos nombres de bautismo garabateado en cursiva
en la solapa*

*y todavía puedo oler el creyón grueso color naranja
derritiéndose sobre un escritorio a la luz del sol
mientras estaba parado en el rincón a donde mandaban a los niños
que querían dibujar autos en lugar de pavos o calabazas
el resto de la clase detrás de mí
encorvados sobre sus tareas
como pulcras filas de signos de puntuación*

*y yo sabía lo que era un apóstrofe y cómo usarlo
sin que jamás me lo hubieran dicho
aunque me abstuve de usarlo
porque sabía que saber más
de lo que se supone que sabes
significa que no se puede confiar en tu silencio
y sa-na-magón-sito ¡más te vale sabértelo bien!*

IV

*en la secundaria, el culón Fatso
el profesor de música
alzó sus brazos de orquesta una vez y media más finalmente
y se marchó rumbo a la oficina administrativa para galantear
/ con las secretarias
y beber a sorbos su soda mientras nosotros nos asábamos en un edificio
de metal recalentado
y nos convertíamos en coautores de
páginas llenas de «No debo pegarle a nadie»
escritas para los bravucones que te volverían a pegar*

*si no escribías tu parte
de sus novecientas líneas*

pero eso fue antes del internado y de la Sra. Rhutasel

V

*en el internado
la primera cosa que me dijeron
fue la última cosa que me dijeron
que fue «Si no te cortas el cabello, no puedes asistir a esta escuela»*

*María, la profesora de inglés como segundo idioma, consejera
/ y amiga de la Sra. Rhutasel
se enteró por ahí de que yo era un artista y de que escribía
/ poesía
se enteró también de que mi padre había fallecido recientemente*

*yo, que hablaba español a la perfección, proclamé que no había
ninguna necesidad
de que yo tomase clases bilingües
y mi fuerte autodeterminación
y mi anticursilería interior se burlaron de la necesidad de tener
/ consejeros*

*pero, María se me acercó en el pasillo un día
se hizo amiga mía
y me encaminó hacia una pared en blanco pidiendo a gritos que le
pintaran un mural*

ahí está, dijo, pinta lo que quieras

*Y después metió la mano en el cajón de su escritorio
Y me entregó mi primera colección de literatura
«Literatura chicana: texto y contexto»*

Toma, me dijo, pienso que es algo que te gustaría

VI

El Louie *and* Un Trip Through the Mind Jail

¡a la máquina, a la fregada, a la mustard!

*mis instintos literarios se despertaron alerta
por el lenguaje y los temas
que estos dos poemas me revelaban*

*la coloquial poesía de una voz poética
que sonaba como la mía
escrita en esa sintaxis dialectal distintiva
de aquellos tipos pasando las horas
detrás del gimnasio de la escuela*

*¿te acuerdas de los tipos mayores que habían reprobado
sentados detrás de ti
levantando el dedo del medio
en la parte de atrás de tu cráneo?*

¡era una voz como esa!

*¡eh, antes de eso
no sabía que podía escribir
sonidos y hacer que
el lenguaje en la página
pareciese provenir
de la lengua de mi
mi ser locote
más profundo y personal e introvertido
sin puntuación!*

Homenaje a Raúl R. Salinas,
maestro, poeta y camarada ☐

Traducción del inglés por Spencer R. Herrera y Carolina Durán

El baile folclórico (Robert Kaiser)



El luchador (Robert Kaiser)

